

DESPLAZANDO EL ESCENARIO: LOS ARAUCANOS EN EL PROCESO DE INDEPENDENCIA DE CHILE*

Displacing the stage: the Araucanians in the independence process of Chile

Eduardo CAVIERES
Universidad Católica de Valparaíso (Chile)

Fecha de aceptación definitiva: 15-10-2009

¡O Progenie de ARAUCO gloriosa!
Respirad el heredado ardor;
Que el ocaso del vil despotismo
Es la aurora del más bello Sol.
(*La Aurora de Chile*, n.º 34, t. 1, 1 octubre 1812).

RESUMEN: Este artículo analiza la presencia de los araucanos en el proceso de independencia de Chile. En efecto, entre 1810 y 1818, periodo en que se gestó dicho proceso independentista, la guerra entre tropas patriotas y realistas se libró en el centro del país, entre la región de La Serena por el norte y la región de Concepción por el sur, siendo por tanto ajenos los mapuches al proceso. El desplazamiento del escenario de los acontecimientos hacia el sur debido a los intentos de las fuerzas realistas de tomar el poder desde ahí propició el interés del gobierno chileno por el mundo indígena de la frontera. En esta nueva etapa de la guerra,

* Este artículo es resultado parcial del Proyecto Fondecyt 108.5205.

que se extendió hasta 1828, los españoles se instalaron en la Araucanía encontrando poderosos aliados en caciques de la zona. La política del gobierno chileno para con la población indígena fue ambigua, y a pesar de que procuraron su amistad por necesidad, los indígenas apoyaron masivamente a la causa realista en su *guerra a muerte*. En este trabajo además de explorar las razones que la historiografía ha dado para explicar este posicionamiento indígena, se expone el modo en el que tras la derrota definitiva de las tropas realistas se pacificó la frontera, en base a un modelo ideológico que sintetizó los conceptos antinómicos de civilización y barbarie observados en los araucanos.

Palabras clave: Chile, independencia, araucanos, patriotas, realistas, frontera, *guerra a muerte*.

ABSTRACT: This article analyses the Araucanian presence in the Independence process of Chile. Between 1810 and 1818, the time in which Chile achieved its formal independence, the Mapuches were alien to the process because the war between patriot and royalist troops was fought in the centre of the country, an area bound in the north by the region of La Serena and in the south by the region of Concepción. The displacement southwards of the scene of events due to the attempts by royalist forces to recover power from there brought about the Chilean government's interest in this indigenous world on the frontier. In this new phase of the war which went on until 1828, Spanish troops established themselves in the Araucanía, encountering strong allies in the caciques of the area. The policies of the Chilean government towards the indigenous population were ambiguous, and although it tried to win friendship out of need, the natives overwhelmingly supported the royalist cause in their *war to the death*. This paper, along with exploring the reasons given by historians to explain the stance taken by the indigenous people, presents the ways in which the frontier, through an ideological model based on the confronting visions of civilization and barbarism observed in the Araucanians, was pacified after the definitive defeat of the royalist troops.

Keywords: Chile, Independence, Araucanians, patriots, royalists, frontier, *war to the death*.

La crónica colonial y la historiografía liberal chilena de la segunda mitad del s. XIX han contribuido a las imágenes de una sociedad reconocida de la contribución indígena a su sangre, particularmente de la araucana. Desde *La Araucana*, de Alonso de Ercilla y Zúñiga, gustó la temeridad y el espíritu heroico, no sometido, de éstos, y cuando el concepto de Estado-nación había madurado en la segunda mitad del siglo de la Independencia, aún cuando se estaba oficialmente en plena etapa de la llamada *pacificación de la araucanía*, no se dejó de admirar el espíritu indomable de los araucanos hasta el punto de traspasarlo y llevarlo a ser atributo del chileno que se unía a las glorias del ejército y daba sentimientos a los conflictos externos en contra de las confederaciones perú-boliviana. Es cierto que la sociedad chilena se conformó como una sociedad esencialmente

mestiza, pero también es cierto que las poblaciones indígenas, o terminaron asimilándose a la población criolla-mestiza (los chilenos) o fueron quedando en una situación de exclusión/autoexclusión. De hecho, al momento de la independencia, el territorio mapuche gozaba del reconocimiento de su frontera territorial establecida en el río Bío Bío. Hacia el sur, Valdivia y Chiloé representaban verdaderos enclaves con relaciones bastante difusas con el resto del país.

La independencia de Chile, por tanto, fue ajena a los mapuches. Al menos en su primera etapa, la que ha quedado más fuertemente registrada en la historiografía correspondiente. Se trató del dominio sobre el espacio o territorio tradicional chileno, esto es, entre la región de La Serena por el norte y la región de Concepción por el sur. Se desarrolló fundamentalmente entre 1810 y 1818 y ha quedado subdividida como Patria Vieja, hasta 1814; Reconquista o Restauración, 1814-1816 y Patria Nueva a partir de los triunfos patriotas de Chacabuco y Maipo. Instalado en definitiva el nuevo régimen republicano, las acciones bélicas se trasladaron hacia el sur ya que las fuerzas realistas intentaron retomar el poder desde allí y para ello se internaron incluso en territorio de la Araucanía encontrando sus aliados en poderosos caciques de la zona. Ésa fue una larga guerra que se extendió hasta 1828. Aun cuando el ejército republicano igualmente contó con apoyos indígenas, el grueso de sus acciones debió desarrollarlas en contra de esta quizás curiosa sociedad de realistas-araucanos.

En ambas etapas, el gobierno chileno tuvo una política ambigua y poco clara respecto al mundo indígena de la frontera. Les necesitaba, pero al mismo tiempo nunca les hizo adherentes y partícipes de la construcción de un destino conjunto. Ello tuvo complejas consecuencias. Algunos criollos vieron en la guerra araucana el antecedente de la lucha anticolonial y, aun cuando los descendientes de Lautaro y Caupolicán se alienaran mayoritariamente a la causa realista, igualmente desde Santiago se construyó un discurso que recordaba sus banderas de lucha. Así, «en el discurso patriótico se los muestra como partes de la constitución heroica de la nación, y en la práctica cotidiana se los combate como rémora pernicioso del pasado, como expresión viva de la barbarie. La República chilena nace con un extraño traumatismo cultural respecto a su pasado y origen étnico»¹.

Estas mismas razones explican que no exista un estudio acabado sobre la participación indígena en la independencia de Chile, especialmente si ésta se considera, como está dicho, sólo en términos del proceso acaecido entre 1810 y 1818. Es poco lo que se dice sobre el particular en la voluminosa historia de Diego Barros Arana o, más particularmente, en la de Francisco Encina. Las alusiones al tema surgen, precisamente, con lo que sucede después de 1818 y especialmente con los años centrales de los nuevos sucesos, con escenario en la frontera sur, y que se le reconoce dramáticamente como la *guerra a muerte*, sobre la cual la pluma de Benjamín Vicuña Mackenna realizó toda una descripción muy atinente a las capacidades y miradas de la historia de dicho historiador. En este

1. BENGUA, José: *Historia del pueblo mapuche. Siglos XIX y XX*. Santiago: Ediciones Sur, 1985, p. 135.

caso, nos hemos apoyado en documentaciones propias de los patriotas para el periodo anterior a 1818 y muy especialmente en la obra de Tomás Guevara, escrita a comienzos del s. XX, pero documentada con referencias transmitidas a través de los propios descendientes de los araucanos partícipes de los eventos producidos a partir de 1818 en el sur del país.

LA INDEPENDENCIA FORMAL: 1810-1818

En 1812, una de las preocupaciones centrales del gobierno de José Miguel Carrera, que había forzado las iniciativas y propósitos de los reformistas de 1810 avanzando más decididamente hacia los primeros pasos que condujeran efectivamente a la Independencia del país, fue el contar con una imprenta para la edición de un periódico que contribuyera a dar a conocer los fundamentos del proceso y formara opinión sobre lo que estaba ocurriendo. De allí surgió *La Aurora de Chile*, que, pese a su corta vida, en sus páginas se preocupó en más de una oportunidad por el problema araucano.

El año anterior, con fecha 24 de octubre de 1811, para demostrar a los enemigos de la Revolución que se tenía el apoyo de los indios, el gobierno citó a los indios del otro lado del Bío Bío a un aparatoso parlamento, presentándose en Concepción 13 caciques y cerca de 400 indios recibidos con salvas de artillería y una parada militar de la guarnición local. En el palacio del Gobernador se les explicó las causas del cambio de gobierno y las ventajas que vendrían. Los indios no tenían interés en estas acciones, pero declararon que las celebraban y aplaudían y que ofrecían 6.000 de sus guerreros para defender al nuevo gobierno para lo cual exigían sólo el pago de su mantenimiento; recibieron sus regalos y volvieron a sus tierras, «sin comprender las causas de los trastornos de Chile y sin volver a acordarse de ellos»². Sin embargo, en el prospecto de *La Aurora de Chile*, se señalaba:

Los fuertes habitantes de los cuatro utalmapus, los Indios nos prometen una cooperación activa para repeler los insultos extranjeros, y sostener los derechos del desgraciado Fernando. Tal vez no dista el bienhadado momento de su conversión, civilización y cultura. Tal vez serán una de las glorias del Directorio los progresos literarios, que hagan en el Instituto los felices ingenios de estos nuestros compatriotas, y hermanos, en quienes se conservan puros los rasgos de nuestro carácter nacional, y primitivo³.

En un número posterior, se presentaban algunas noticias de esa población indígena y se hacían indicaciones históricas desde los tiempos de conquista.

2. BARROS ARANA, Diego: *Historia de Chile* [Reed.]. Santiago: Universitaria-DIBAM, 2004, t. VIII, p. 326.

3. «Prospecto», *La Aurora de Chile*, Santiago 1812, hoja única.

Según el Cabildo de Santiago, en carta de fecha de 26 de febrero del año de 1554, se señalaba que en una hora se podían juntar en Arauco más de 200.000 hombres de pelea, añadiendo que no podían estar muy lejos unos de otros, pues estaban a pie. En tiempos posteriores, a mediados del siglo XVIII, por consulta del gobernador Manso al obispo de Concepción, éste le señalaba que los hombres de armas no pasaban de 25.000, y los habitantes de 125.000. Al momento de la independencia, las contabilidades realizadas por el brigadier don Pedro del Río apreciaban un número de 19.839 lanzas y una cantidad de 115.304 almas. Respecto a ello, *La Aurora* comentaba que, «Si ha sido grande la minoración de los Indios, no han sido menores las causas que la han originado... la guerra, la enfermedad de viruelas, las guerras intestinas de los Indios, malocas, en que se destruyen y talan sus tierras, la superstición, la forma de su gobierno, casi feudal y casi anárquico...»⁴.

No obstante, no sólo se miraba hacia atrás, sino también se mostraba preocupación hacia el futuro y esto era importante en la formación de la nueva patria:

Nada hay más digno de los deseos de las almas buenas, y sensibles, que la conversión, civilización, y cultura de nuestros Indios; pero hasta ahora no ha habido obra mas lenta, más costosa, ni más difícil. Desde el principio concibieron contra nosotros odios eternos; y un sentimiento de desconfianza los ha tenido siempre en un estado de inquietud, división y recelo; pudiendo haber vivido en paz, felicidad, y abundancia en las dilatadas regiones que ocupan; que las más de ellas son las más fértiles, y bellas del país; sin temor, ni incomodidad de nuestra parte por la autoridad, y sanción inviolable de nuestro Gobierno.

... El deseo de la libertad se acompaña siempre con el de la igualdad; conviene pues que se persuadan, que los reconocemos por iguales a nosotros; que nada hay en nosotros que nos hagan superiores a ellos; que la opinión estará en favor suyo, serán entre nosotros elevados a todas las dignidades, se estrecharán nuestras familias con las suyas por los vínculos de la sangre, siempre que no haya disonancia en la educación, religión, modales y costumbres. La consanguinidad es sin duda el lazo más pronto, y más fuerte; ella reduce a una sola familia los extranjeros, y los naturales del país; ella es la que en todos tiempos ha pulido, y civilizado a las naciones bárbaras...

... Comunicarán sus conocimientos, los adelantarán, enriquecerán, iluminarán su país. Se les confiarán los cargos importantes; de este modo se habrá dado un gran paso al grandioso designio de que todos nuestros compatriotas, Indios, y Españoles, formen una sola familia, sujeta a unas mismas leyes, y a un solo Gobierno. ¿Y qué obstáculo puede presentarse cuando aquellos naturales tengan hombres instruidos? ¿Cuando vean a sus compatriotas unos constituidos Oficiales del Ejército, otros miembros de los Tribunales de Justicia, otros en la primera Magistratura, otros en la Gran Cámara, y Convención en que se traten los negocios interesantes del Estado? Entonces será cuando los campos más hermosos del mundo dejarán de ser desiertos⁵.

4. «Observaciones sobre la población del Reino de Chile», *La Aurora de Chile*, n.º 3, t. 1, 27 de febrero de 1812, pp. 9-10.

5. «Civilización de los indios», *La Aurora de Chile*, n.º 12, t. 1, 30 de abril de 1812.

Reflexionando acerca de los derechos que tenían en las Américas tanto los españoles europeos como los americanos que las habitan, el editorialista, Camilo Henríquez, observaba dos clases de hombres, diferentes en carácter, en temperamento, en vicios, en virtudes y en costumbres. Una de estas clases constaba de españoles, o europeos o americanos, y la otra estaba compuesta por los indios, antiguos poseedores y habitantes del país. Una gran parte de estos últimos permanecía aún en su antigua barbarie, independiente e indómita; libre, pero sin leyes, sin industria, culto, ni luces. Era necesario convenir en que el paso de los tiempos da a los pueblos y naciones un derecho indisputable al país que habitan y aceptar que, «descendemos de los conquistadores, pero no somos cómplices de las violencias, que seguían sus armas»⁶.

Estas reflexiones produjeron de hecho la reacción de más de algún lector del periódico. Uno de ellos reconocía que el indio había sido considerado como un vil esclavo, despreciado y visto con altanería hasta por los negros. Los españoles no sólo le habían despojado de sus terrenos y propiedades, sino además les habían sujeto al yugo de la servidumbre, sumergiéndoles en la desnudez, hambre y miseria. Para los patriotas, hijos de esos opresores y cómplices en esas injusticias, existía la obligación de reparar esas situaciones con los mayores esfuerzos. Había que darles a conocer el proyecto de independencia de los tiranos y las nuevas disposiciones existentes hacia ellos.

Llamémosnos todos indios desde ahora, para que nuestros hermanos conozcan el digno aprecio que hacemos de ellos; o si tiene algún inconveniente que yo no puedo comprender, tráteseles cuando sea preciso nombrarlos, diciendo: nuestros hermanos los indios⁷.

Oficialmente, hubo dos respuestas a estos deseos. La primera de ellas, como acción puramente política o efectivos y sinceros deseos de reconocimiento pleno de los pueblos indígenas, fue dada por la Junta de gobierno a través de una proclama breve, pero llena de contenidos:

Habitantes del estado de Arauco:

Nuestra libertad está escrita en el libro de los destinos: no lo dudéis. El Arbitro Supremo ha extendido su omnipotente mano sobre nosotros: ya solo resuena en todos los ángulos de Chile el dulce eco de la unión: los Manes del sabio Colocolo, del intrépido Caupolicán, del imperturbable Reneí reviven el germen precioso, que no pudieron extinguir tres siglos de devastación y tiranía...

Prado, Carrera, Portales, Vial, secretario⁸.

La segunda, mucho más simbólica, pero, al mismo tiempo, más pensada, fue el diseño del primer escudo patrio que se estableció durante el gobierno de José Miguel Carrera, en 1812, el mismo año de la Proclama. Sobre un óvalo, en el centro

6. *La Aurora de Chile*, n.º 19, t. 1, 18 de junio de 1812.

7. *La Aurora de Chile*, n.º 23, t. 1, 16 de julio de 1812.

8. «Proclama de la Excma. Junta Representativa del Reyno a los habitantes de la Provincia de Concepción», *La Aurora de Chile*, n.º 28, t. 1, 20 de agosto de 1812.

tenía una columna que representaba el árbol de la libertad en la cual descansaba un globo terráqueo; sobre el globo, una lanza y una palma cruzada, y sobre éstas una estrella. De pie, a un lado de la columna un hombre y al otro una mujer, ambos indígenas. En la parte superior, el escudo llevaba un lema en latín que significaba «Después de las tinieblas, la luz», y en la parte inferior, otro, también en latín, «O por consejo o por espada». Este escudo duró hasta 1814, cuando se inicia la Reconquista o Restauración española.



En 1817, surgieron dos nuevos escudos. El de junio de ese año, conservaba la columna, el globo y la estrella sobre un óvalo, y en su parte superior llevaba impresa la palabra «Libertad». Al de octubre, semejante al anterior, se le agregaron dos banderas cuyos mástiles se entrecruzaban, y había desaparecido la palabra «Libertad». En ambos se había excluido a los indígenas. El 23 de septiembre de 1819, el Senado aprobó un nuevo y bastante complejo y recargado proyecto según el cual el escudo estaría formado en campo azul oscuro, en su centro se ubicaba una columna de tipo jónico sobre un pedestal de mármol blanco, encima de éste el nuevo mundo americano, submontado un letrero que decía «Libertad», y sobre éste una estrella de cinco puntas, representando a la provincia de Santiago. A los lados de la columna, se veían otras dos estrellas, iguales, por Concepción y Coquimbo. El conjunto iba rodeado de dos ramas de laurel, atados sus cogollos con una cinta tricolor en donde aparecía toda la armería en orden: caballería, infantería, dragones, artillería y bombardería y otros jeroglíficos alusivos a la vil cadena de la esclavitud que había sabido romper América. Para completarlo, un indígena sostenía en alto el escudo, tomándolo con sus manos por sobre su cabeza y sentado sobre un caimán americano. Uno de los pies del aborigen se apoyaba en el llamado cuerno de Analte, o de la fortuna. El caimán apretaba entre sus mandíbulas al león de Castilla, cuya corona estaba caída a un lado y que sujetaba la bandera española destrozada entre sus patas delanteras. El escudo despertó demasiadas críticas que impidieron su aplicación⁹.

No obstante las medidas de José Miguel Carrera, los acontecimientos políticos y bélicos y las necesidades concretas de avanzar en el proceso independentista,

9. El actual escudo fue diseñado y aprobado durante el gobierno de Joaquín Prieto en la década de 1830.

organizar el nuevo sistema de gobierno y mantener el poder central de éste, además de organizar el ejército para impedir la reacción realista, dejaron rápidamente el problema indígena relegado a segundo o tercer plano. Además, como está dicho, la Independencia se libró fundamentalmente en el centro del país o, a lo más, en lo que se había considerado tradicionalmente el territorio patrio. Concepción seguía siendo la frontera sur y, por ello, los indios interesaban en tanto no irrumpieran hacia el norte y, más importante, en tanto no se aliaran con las fuerzas españolas. En 1813, *La Aurora de Chile* se refería a lo que sucedía en el sur y daba noticias acerca de dos Juntas o parlamentos con indios libres de los Llanos, de Angol y de la Costa. El 3 de enero de 1812, don Gaspar Ruiz, el jefe militar de la plaza de Los Ángeles, había celebrado la Junta que habían pedido los caciques de los Butalmapus de los Llanos y Angol, para cortar de raíz las desavenencias y robos que tantos años habían tenido entre ellos: en presencia de la autoridad nacional conferenciaron, se dieron quejas, entregaron sus lujos y se dieron satisfacciones para una nueva alianza entre ambos Butalmapus:

La parla duró desde las seis de la mañana hasta las tres de la tarde en cuya hora pidieron que entrase Ruiz a darles consejos, pues estaban sus corazones dispuestos a abrazarlos y no violarlos jamás. Ruiz después de afearlos su anterior conducta les encargó que hiciesen de nuevo sus casas de firme donde sus antepasados habían vivido; que se aplicasen a la labranza, cría de ganados, industria y comercio como antes; y en fin les acordó que en los anteriores Parlamentos, a que asistieron sus abuelos, y sus padres, está sancionado que a la Reducción que encendiese el fuego de la guerra; se entraría a sangre y fuego. A su razonamiento se convinieron ambos Butalmapus en que la Reducción, que inquietase a los demás, sería aniquilada por todas juntas. En el Parlamento se reconoció la autoridad del Gobierno central de Chile: asistieron como 63 caciques¹⁰.

El 21 de diciembre del mismo año, presidido por el intendente de Concepción, coronel don Pedro José Benavente, se celebró un nuevo Parlamento en la Plaza de Arauco con los caciques y gobernadores del Butalmapu de la Costa. Acompañaron al Intendente, don José de Millacura, gobernador de la Reducción de Arauco, el Illmo. Sr. D. Antonio Navarro, obispo de Concepción, el R.P. prefecto de misioneros, y otras personas distinguidas. De parte de los Indios asistió un gran número de gente de armas con cincuenta jefes entre gobernadores y caciques.

Estos hombres libres reconocieron la Autoridad central de la Patria; y habiéndoles expuesto la autoridad las medidas que habían de adoptarse para la común defensa, y las miras y designios del Gobierno, prometieron prestar una cooperación activa y enérgica. Se prestó juramento ante el Ser Supremo de cumplir fielmente las promesas; y después de proclamar todos Viva la Unión: Vivan los Araucanos: mueran los enemigos, se disolvió la Junta con la salva acostumbrada¹¹.

10. *La Aurora de Chile*, n.º 6, t. 2, 11 de febrero de 1813.

11. *Ibidem*.

La presencia religiosa y las promesas al *Ser Supremo* revestían especial importancia ya que, como veremos más adelante, fueron muchos los eclesiásticos, pero especialmente los franciscanos misioneros, que no sólo mantuvieron sus lealtades hacia la Corona sino que además fueron los principales propagandistas en contra del gobierno republicano para mantener a los indios de los territorios al sur de la frontera aliados con las últimas fuerzas realistas. En todo caso, y en términos concretos, estos parlamentos, incluidas las promesas de apoyo al nuevo gobierno chileno, significaron muy poco y, antes de 1818, la participación indígena fue escasamente significativa en los hechos acaecidos.

En los primeros años del proceso de Independencia, hasta 1814, cuando las tropas patriotas fueron derrotadas dando paso al periodo de restauración monárquica, los acontecimientos estuvieron centrados en la organización de fuerzas militares y en el sostenimiento del poder. Figura central fue don José Miguel Carrera, de fuerte oposición a familias tradicionales como los Larraínes que mantenían un compleja red de relaciones sociales, políticas y económicas ajenas a los pensamientos y procedimientos carreristas. Se había dispuesto la organización de tres batallones de milicias de infantería, con los nombres de Fernando VII, Infante don Antonio e Infante don Carlos, cada uno de ellos al mando de amigos o parientes de la familia y la elección de los oficiales se hacía por las mismas compañías. El 16 de noviembre de 1811, el cuerpo de artillería aclamó a Luis Carrera por su jefe, a Juan José Carrera como jefe de Granaderos y a José Vigil a cargo de 100 granaderos. Se hizo la petición de que se citase al pueblo para elegir el nuevo gobierno y ello posibilitó el acrecentamiento de la autoridad de José Miguel.

Carrera organizó las fuerzas patriotas. A principios de 1812, la inspección de caballería recibía una buena organización; el batallón de Granaderos se había elevado a la respetable fuerza de 1.200 hombres; se había reformado al cuerpo de los 300 dragones existentes por considerárseles inútiles y se levantó el de Guardia Nacional con 500 plazas aumentándose la artillería a 400 hombres; se quitó a los frailes de Santo Domingo el convento y se levantó en él un famoso cuartel de caballería; se hicieron 10.000 lanzas y 1.500 tiendas de campaña, vestuarios, monturas para todos los cuerpos, municiones de todas clases y, por último, cuanto se necesitaba para la defensa de un país, que hasta entonces estaba enteramente expuesto a ser presa de cualquier enemigo por falta de artículos de guerra y de organización en sus fuerzas. En medio de disputas internas, el 19 de marzo de 1812, salió la división del centro del ejército, observador de la frontera, compuesta de 900 veteranos y 200 caballos, a las órdenes del comandante general de brigadier don Juan José Carrera, «con el solo objeto de contener a los de Concepción que, confiados en nuestra anterior impotencia, querían darnos la ley»¹².

12. «Diario Militar del General don José Miguel Carrera». En: *Colección de Historiadores y de documentos relativos a la Independencia de Chile*. Santiago: Imprenta Cervantes, 1990, t. I, pp. 36, 40 y 52-53.

El Diario Militar de José Miguel Carrera está lleno de datos respecto a sus preocupaciones para dar forma a la defensa nacional. De sus anotaciones para los años 1812 y 1813, se pueden conocer en detalle sus esfuerzos. Pensaba que los integrantes de la guardia nacional nada sabían sobre defensa y, en fuerza, tenía una tercera parte del de Granaderos de modo que no podía cubrir la guardia de la plaza. En abril de 1813 puso en planta la organización de dos cuerpos de caballería con el nombre de Guardia General y a las órdenes del capitán de Húsares Nacionales don Diego José Benavente. Completó este cuerpo con los regimientos de Rancagua, San Fernando, Curicó y Talca. La situación era casi anecdótica. En el mismo mes, se presentó a Carrera un capitán Urra, comandante de la infantería de Cauquenes, con 200 de sus soldados. Carrera escribió que, según dictamen de otros oficiales, esos 200 bravos eran tan ladrones como su jefe, pero para todos había destinos en aquellos momentos. En mayo, llegó el batallón de Infantes de la Patria, compuesto de 250 hombres, a las órdenes del teniente coronel don Santiago Muñoz Bezanilla. Esta tropa y su oficialidad era muy recluta; los más apenas sabían hacer fuego. Se les agregó el batallón de voluntarios de la Patria, de 200 hombres, a las órdenes del teniente coronel don José Antonio Cotapos. Según el General, el desgüeño de este cuerpo, jamás había hecho fuego y estaba mandado por oficiales inexpertos y no ofrecía otra ventaja que la de abultar en la línea.

En mayo de 1813, Carrera fue a Ñuble para hacer sacar la artillería y los pertrechos que había dejado el enemigo y no se había conseguido que lo hiciesen, según sus propias palabras, los que habían sido encargados de ese *miserable* servicio. Protegía esa operación la guerrilla de Molina que siguió hacia Chillán para observar y distraer al enemigo, mientras la vanguardia seguía a su destino. El General se fue a San Carlos, mientras don Francisco Barrios, con otra guerrilla, fue destinado a Quirihue. A fines del mismo mes avanzó sobre Talcahuano y publicó un bando ofreciendo 10 pesos al soldado de infantería que se presentase armado, y 16 al de caballería. En la noche contaba ya con 200 presentados y 400 fusiles corrientes. Siguió a Concepción para preocuparse de la organización de las fuerzas que debían atacar a Chillán. Carrera escribía que, «A excepción de esta ciudad todos los pueblos de Chile reconocían al legítimo gobierno, y prestaban auxilio contra los piratas. La frontera estaba sumisa»¹³.

Por entonces, las fuerzas realistas que se organizaban para hacer frente a los patriotas contaban con un jefe que llegó a ser importante en los años anteriores. A uno de sus jefes, Sánchez, José Miguel Carrera ofreció que le dejaría embarcar todas las tropas de Chiloé y Valdivia, proporcionándoles transportes, con la condición de entregar las armas en el campo de Chillán. La contestación, después de un buen recibimiento, y de mostrar alrededor de 2.000 hombres reunidos con indios, huasos y vecinos a los que ponían gorras como único distintivo de ser soldados, fue enviar a su secretario, fray Juan Almirall, para proponerle retirarse con todas las fuerzas patriotas al Maule dejando la posesión de la provincia de

13. *Ibidem*, pp. 86-87, 90-91, 105-107, 118-119, 124 y 129.

Concepción por 6 meses a fin de que en ese tiempo el gobierno de Chile pudiese tratar con el virrey de Lima la conclusión de la guerra.

Por entonces, en el escenario bélico tradicional, aparecen los araucanos. No lo hacen en los campos de batalla, sino más en las preocupaciones de los patriotas y, con cierta frecuencia, desarrollando escaramuzas de amedrentamiento y no de choque abierto. Por agosto de 1813, el jefe de la división del ejército que se encontraba más al sur, receloso de las fuerzas de los araucanos, pedía refuerzos. Éstos se presentaban y,

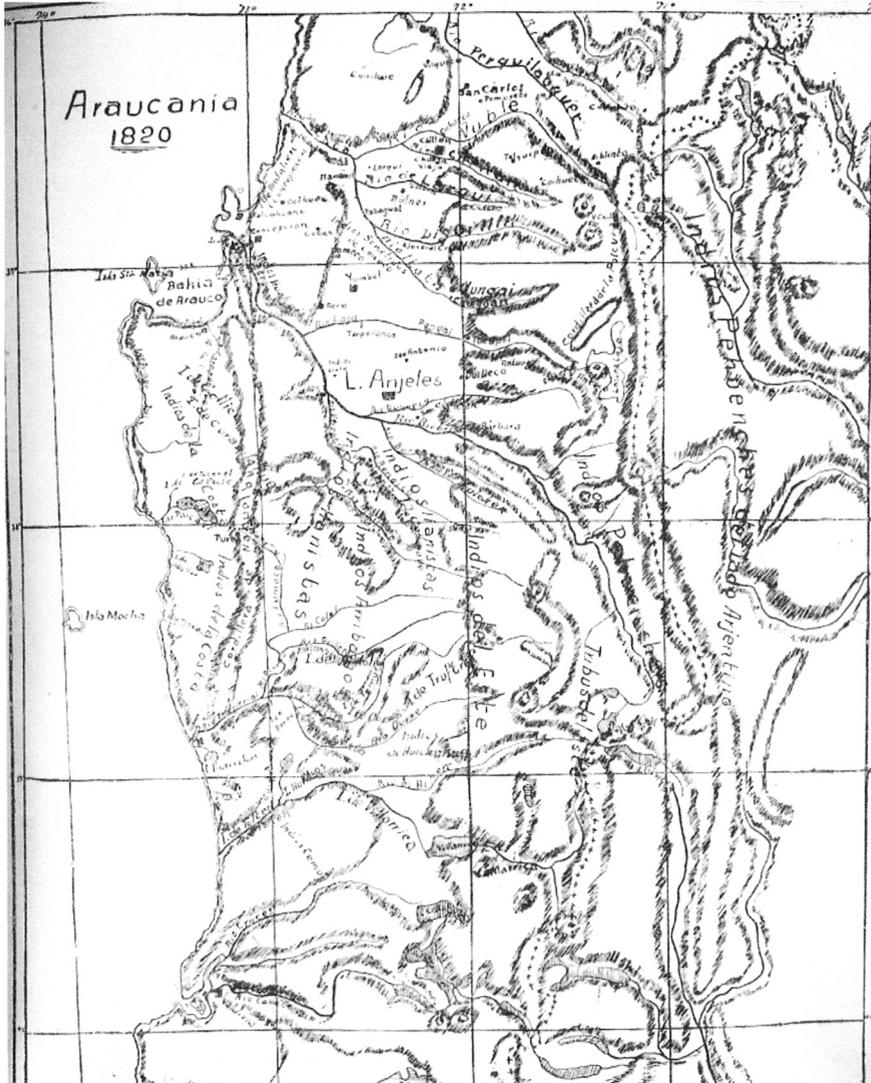
a nuestra vista, se llevaron gran rato en formación y revolviendo los caballos, como para burlarnos, confiados sin duda en que no teníamos barco. En la noche embarqué 100 hombres en botes de Talcahuano y en los que vinieron de Santa Juana, a las órdenes del teniente Allende y del alférez Vargas. Fueron sorprendidos los araucanos, que escaparon en sus buenos caballos, dejando 12 compañeros en el campo¹⁴.

A lo largo de 1813, la guerra fue desplazándose hacia el sur, pero siempre dentro del territorio tradicional. En Santiago, fueron creciendo las críticas hacia la conducción de las operaciones por parte de Carrera. En octubre de 1813, cambios políticos en Santiago obligaron a Carrera a dejar el mando del ejército y separar del mismo a sus hermanos y amistades. Al mismo tiempo, tropas realistas desembarcaban en Arauco e iniciaron su campaña hacia el norte. En mayo de 1814, patriotas y realistas firmaron el Tratado de Lircay mediante el cual cesaban las hostilidades, Chile enviaría diputados a las Cortes españolas para sancionar la Constitución de 1812, se reconocía a Fernando VII y a la Regencia, se mantenía el gobierno chileno y las tropas españolas abandonarían el país en el plazo de un mes. Los Carrera desaprobaron el tratado acusando a sus signantes como traidores y lograron derribar al gobierno de Santiago nombrando una nueva Junta presidida nuevamente por José Miguel; O'Higgins reorganizó sus propias tropas y se decidió marchar a la capital para restablecer la normalidad. La guerra civil era inminente cuando se supo de la llegada de nuevas fuerzas españolas y de la desaprobarción del Tratado por parte del virrey del Perú. O'Higgins se puso bajo las órdenes de Carrera y se intentó recuperar la causa patriota, sin embargo, el 1 y 2 de octubre de 1814, los ejércitos se encontraron en Rancagua con un triunfo absoluto de los españoles y la destrucción absoluta del ejército patriota. Quienes pudieron se dirigieron tras la cordillera para procurar reorganizarse en el territorio libre de las provincias del Río de la Plata. En Santiago se volvió a instaurar el régimen monárquico hasta 1817, año en que O'Higgins con el general argentino José de San Martín culminaban sus preparativos de un Ejército Libertador y regresaban al territorio chileno. El 12 de febrero, O'Higgins triunfa en Chacabuco y dos días después ingresa a Santiago. El 5 de abril de 1818, los ejércitos volvieron a chocar en Maipo sellándose la victoria definitiva del ejército patriota y confirmando la Independencia de Chile¹⁵.

14. *Ibidem*, pp. 170 y 178.

15. VILLALOBOS, Sergio *et al.*: *Historia de Chile* [1974]. Santiago: Edit. Universitaria, 1995, t. 3, pp. 372-398.

Establecido el gobierno patriota, los reductos realistas siguieron incursionando hacia el sur del territorio e incluso penetraron la frontera y el territorio araucano. Entonces, el escenario de la guerra se desplazó y los araucanos entraron en batalla.



GUEVARA, Tomás: «Los araucanos en la revolución de la Independencia».

DESPLAZANDO EL ESCENARIO A LA FRONTERA: LA GUERRA A MUERTE

Llegó la guerra del rey con los chilenos
Mangin se puso del lado del rey
tenía amistad con los lenguaraces,
los comisarios y los padres.
Todos les decían: «El rey es mejor;
tiene muchas tierras.
Los chilenos son pobres;
te robarán las tuyas».
(*Últimas familias*. Testimonio; citado en
BENGOA, José: *op. cit.*, p. 141).

Como se ha señalado anteriormente, sobre la población indígena a comienzos del siglo XIX no hay certezas sobre su número. Algunas estimaciones la calculaban en 180.000 habitantes en el territorio araucano comprendido entre el Bío Bío y el Valdivia, pero es posible pensar que el número se acercaba más bien a los 230.000. Algunos cálculos se realizaban a través del número de lanzas concurrentes a los levantamientos generales, pero entonces no se consideraba que en esos movimientos no se plegaban todas las agrupaciones ni tampoco todos los hombres aptos para cargar armas dentro de una misma población. En todo caso,

esta apretada población iba a formar en la independencia, como en sus más célebres guerras, núcleos de peligrosa resistencia, los cuales, solos o unidos, tendrían fuerza suficiente para combatir al enemigo por escalones, cansarlo en detalle cuando los invadiera, o bien amenazarlo por distintos puntos cuando se viese forzado a mantenerse a la defensiva¹⁶.

En 1810, la defensa del reino constaba de los dragones de la frontera, con 302 plazas, el batallón de infantería Chile o fijo de Concepción, con 418 plazas y algunos piquetes de artillería y milicianos montados. Se complementaban con otra división del batallón Chile, fijo de Valdivia, con 500 plazas y algunos destacamentos de cuerpos del norte que protegían los fuertes y la frontera por el sur. Como igualmente está señalado, en el conocimiento de la tradición militar araucana, o al menos de las imágenes que se habían construido durante la Colonia acerca de su valer militar, una de las primeras preocupaciones de los gobiernos patriotas, desde los inicios del proceso que conduciría a la independencia, fue el tratar de captar para su bando las voluntades de los mapuches y de allí los esfuerzos, ya relatados, que se desplegaron para contar con su apoyo.

¿Era posible pensar que dicha alianza con los indios pudiera ser real? ¿Es posible pensar que los indios comprendiesen la importancia del movimiento

16. GUEVARA, Tomás: «Los araucanos en la revolución de la Independencia». En: Serie *Historia de la civilización de Araucanía*. Santiago: Imprenta Cervantes, 1908, vol. VI, p. 224. Como ha quedado dicho en la Introducción, en las páginas siguientes sigo bastante estrechamente el desarrollo de su obra aun cuando he tratado de complementar con algunas referencias adecuadamente citadas a pie de página.

revolucionario patriota o las supuestas ventajas que ello podría traerles? La historia desarrollada caminaba en sentido opuesto. Hasta el momento en que surge el proceso de independencia, bajo la subordinación del intendente de Concepción, la relación de los indios con el Estado español era frecuente a través de los funcionarios del mismo. Hacia fines del siglo XVIII, el aumento de las relaciones mercantiles, con salvoconducto de autoridades y beneplácito de caciques, había promovido una serie de relaciones nuevas en el espacio fronterizo, con transporte de mercaderías de todos los tipos y también tabacos, vinos y aguardientes. De los medios de intercambio más importantes estaban los animales y cargas de mantas, los adornos de plata y coligues para lanzas que eran intercambiados con sus similares araucanos de las pampas argentinas por animales y sal. En las relaciones políticas y sociales de ese mundo, estaban los *capitanes de amigos*, muchas veces caciques remunerados, que tenían ciertas facilidades en las reducciones y que vigilaban a los comerciantes; estaban los *capitanejos*, intérpretes de los sometidos, generalmente un indio ladino o cacique con funciones de juez arbitrio; *el comisario*, con funciones de corregidor en esas mismas reducciones y cónsul o intermediario de los independientes, conocido posteriormente como *lengua general*; el *comandante de plaza* con un amplio espectro de autoridad en lo civil, criminal y militar e incluso funcionarios subalternos como los barqueros de algunos de los principales ríos de la región. Además, un grupo de alrededor de 14 caciques principales (incluida la cacica gobernadora de Villucura), gozaban de un estipendio proveniente de los recursos fiscales. Especialmente los capitanes de amigos y los lenguaraces, que hablaban el idioma de sus camaradas, que tenían sus mismos hábitos, que compraban sus mujeres, que eran sus compadres, estrechaban esas relaciones muy profundamente y les hacían ser mucho más leales con un sistema conocido que con un proyecto que no entendían y que pensaban no tendría gran duración. Los caciques estaban predispuestos a favor de los españoles y no hacían grandes distinciones entre españoles natos o sus descendientes chilenos.

Por otra parte, estaba la Iglesia y más específicamente los padres franciscanos recoletos de San Ildelfonso de Chillán, quienes siguieron recorriendo las reducciones sobre las cuales realizaban sus misiones agregando a la prédica religiosa un cuadro magnífico sobre lo que vendría cuando llegase la vuelta a la normalidad del sistema político, presentando a los patriotas como usurpadores y trastornadores del orden público. Frente a ellos, más por temor que por respeto, los indios aceptaban sus juicios que se complementaban con la labor de un número apreciable de curas de parroquias de ciudades o pueblos que rodeaban la zona de frontera. El propio obispo de Concepción recorría la frontera aduciendo sus obligaciones y presentándose en visita pastoral, aunque más bien sus propósitos eran atraer a los indios a las filas realistas¹⁷.

Los hechos habían seguido los desarrollos indicados para los años 1810-1818 en que la narración historiográfica va desde el centro hacia el sur del país. Estudiar

17. GUEVARA: *op. cit.*, pp. 239-244.

la situación de la frontera implica también visualizar el recuento en sentido inverso. En primer lugar, porque la llegada de cada refuerzo español tendiente a la recuperación del poder siempre se realizó desde el territorio sur. En 1813, en un clima de bastante quietud en la frontera, se produjo el desembarco de Antonio Pareja en Concepción para desde allí iniciar la reconquista del territorio hacia el norte. Los movimientos militares comenzaron a desarrollarse. Bernardo O'Higgins tomó la plaza de Los Ángeles el 27 de mayo de ese año y se dirigió hacia el norte, pero a fines del mismo año, fray Juan Ramón inició todo un despliegue propagandístico en la plaza de Arauco que posibilitó, finalmente, la organización por parte de los españoles de una partida de indios del norte del río Lebu que cayó sobre la plaza y se apoderó de la misma. La plaza se recuperó por los patriotas, pero al mismo tiempo se perdió la de Santa Juana. En septiembre, las acciones se hicieron más ostensibles y el 13 de ese mes, los indios se acercaron a la misma Concepción y como era propio de sus acciones militares,

Desplegaron éstos sus escuadrones; destacáronse algunos grupos de jinetes que comenzaron a correr y gritar por el frente enemigo, blandiendo sus lanzas, especie de reconocimiento y provocación¹⁸.

La defensa de Concepción costó a los patriotas la pérdida de Los Ángeles y Nacimiento y con ello se hizo posible para los españoles la recuperación de toda la Araucanía. Para ello, era necesario tener el apoyo firme de los araucanos seducidos fundamentalmente por la posibilidad de obtener botín. Los indios costinos sobresalían por su adhesión a la causa de la monarquía, pero igualmente lo estaban ciertos reductos del valle central, entre ellos los pehuenches de la región de Los Ángeles incitados por algunos caciques favorecidos por los realistas. Hacia el sur, indiadas de la jurisdicción de Valdivia igualmente eran proclives a los españoles y a todos ellos le gustaban los ceremoniales y la costumbre de los parlamentos lo que les llevó, a fines de ese mismo año de 1813, a celebrar en Chillán una conferencia con la autoridad peninsular que llegó a reunir a 320 caciques y mocetones provenientes de la costa, incluidas algunas mujeres. Allí convinieron que, siendo necesario, siempre prestarían sus servicios armados y que dejarían traficar sin problemas a las tropas realistas por sus territorios.

Un nuevo parlamento con los españoles se produjo el 3 de febrero de 1814 presidido por el general Gavino Gainza. Entre los objetos regalados a cada cacique se encontraba un bastón y una medalla de plata con el busto de Fernando VII, como símbolo de mando y como fidelidad al monarca. En los años inmediatos, la Reconquista de todo el país no sólo permitió restablecer las relaciones que se habían construido entre araucanos y españoles en las últimas décadas coloniales, sino que, además, acrecentó el interés de la autoridad y la propaganda de misioneros franciscanos y curas realistas para mantener el favor indígena. Producto de ello es que, en diciembre de 1816, el intendente de Concepción determinó un

18. *Ibidem*, p. 248.

nuevo parlamento que reunió un número extraordinario de concurrentes y al cual se le dotó de grandes solemnidades, fiestas y celebraciones. Los caciques reiteraron su adhesión al régimen restaurado¹⁹.

El triunfo de Chacabuco en 1817 permitió la independencia definitiva del país, pero dejó pendiente, como lo hemos señalado, la situación de la frontera. Avanzando sobre las plazas de ese espacio, una victoria significativa fue la toma de la plaza de Arauco en mayo de 1817, con fuerzas bajo el mando de Ramón Freire, plaza que era defendida por cerca de 200 hombres fuertemente motivados por el discurso realista de los franciscanos. Entre avances y retrocesos producidos en los permanentes enfrentamientos con grupos indígenas, en octubre los patriotas estaban en Santa Juana y desde allí avanzaban hasta Nacimiento.

La táctica de los guerrilleros consistía en distraer, en cansar a la división patriota ocupando plazas cuando podían y entrando a saco a ellas. Esto se avenía con la idiosincrasia del araucano y contribuía a interesarlo en las correrías de sus aliados. Corridos, pues, de Nacimiento, trasladáronse todos a Los Angeles, que ocuparon, y a continuación a San Carlos de Purén, Santa Bárbara y Tucapel²⁰.

Sobre la plaza de Arauco, el propio O'Higgins, en campaña, informaba a sus delegados en Santiago acerca de los procedimientos de sus enemigos. Se defendía la plaza en medio de incendios de alrededor de 42 casas provocados por los sitiadores. Éstos se mostraban en una primera línea de 300 indios de lanza y en las luchas seguidas quedaron «los cerros cubiertos de cadáveres para ejemplar escarmiento de los tiranos y perturbadores del orden»²¹. En general, el resultado de esos enfrentamientos fue totalmente favorable al gobierno patriota que, a fines de ese año, confiaba en el control total del territorio situado inmediatamente al norte de la frontera:

Excmo. Señor:

Tengo el honor de avisar a V.E. que ya se halla evacuada enteramente la Frontera, a excepción de algunos enemigos que se han escapado por los montes, y se han traspasado al Bío Bío. Hoy al amanecer fueron atacados los indios y españoles en el paraje llamado Rapa, por el valeroso capitán don Agustín López, y destrozados con pérdida de más de setenta, sin contar heridos y ahogados, según el parte que acompaño, igualmente al capitán Molina, que también les ha dado su golpe por la otra banda del río.

Dios guarde a V.E. muchos años- San Carlos y octubre 23 de 1817- Excmo. Señor, Pedro Ramón de Arriagada, Excmo. Señor Director Supremo del Estado²².

Además, en medio de estos acontecimientos, apareció, ya con fuerza, la muy recordada banda de José Antonio Pincheira, compuesta en su mayor parte de

19. *Ibidem*, pp. 249-252.

20. *Ibidem*, p. 261.

21. «Partes del Sur». Bernardo O'Higgins y sus oficiales a la Junta Suprema Delegada, 29 de septiembre de 1817. En *Gazeta de Santiago de Chile*, n.º 17, sábado 11 de octubre de 1817, pp. 158-163.

22. «Partes del Sur», *Extraordinaria de Gazeta de Santiago de Chile*, martes 4 de noviembre de 1817, p. 191.

indios pehuenches, a la cual igualmente se creyó desarticulada. El 31 de octubre, uno de los partes expedidos señalaba concluida la partida insurgente de Pincheira a la que se había perseguido hasta encontrarles en un número de doscientos y más hombres y en posición ventajosa en medio de la montaña:

Confundidos los perturbadores de estas campañas tiraron a desamparar el punto que ocupaban, tirando a tomar la montaña que a distancia de 50 varas tenían; traté de cortarles la retirada... y dándoles un vivo fuego por tres partes, logramos el triunfo de la acción matándoles cuarenta y cinco hombres, prisioneros sesenta y dos, ciento diez caballos, setenta monturas, una carabina, un par de pistolas, seis paquetes de cartuchos y catorce lanzas. El resto de su fuerza ha quedado toda dispersa incapaz de reunirla: él ha escapado casualmente por lo muy capaz que era de la montaña²³.

No fue ni lo uno ni lo otro. La guerra de la frontera recién comenzaba y tomó su mayor actividad y un sesgo bastante siniestro a partir de 1818. El triunfo de Maipo había comenzado a cambiar las cosas, pero nada estaba concluido. De partida, los españoles abandonaron Concepción, se reunieron en Los Ángeles y se reconcentraron posteriormente en Valdivia. En medio de estos movimientos surgió la figura de Vicente Benavides, que había sido comisionado por San Martín para debilitar las tropas realistas, pero que retomó dicho bando poniéndose al frente de las indias y guerrillas realistas dando lugar a la llamada *guerra a muerte*. Con el asedio patriota, de Concepción emigraron cerca de 6.000 personas. La ciudad y sus alrededores quedaron al despoblado. Bandas de guerrilleros y ladrones brotaron por todas partes. En Yumbel, Los Ángeles y Santa Bárbara no quedaron familias adictas a la monarquía. Más al sur, los emigrados se distribuyeron en espacios abiertos viviendo en contacto con los indios a niveles bastante miserables y rodeados de guerrilleros que contribuyeron a prolongar la guerra instalada en la frontera entre los sostenedores de ambos regímenes. En Santiago, el optimismo era mucho mayor y, de hecho, en junio de 1818, no sólo se decreta la denominación de chileno, sino se incluye en ésta a todos los indígenas:

Decreto:

Santiago, 3 de junio de 1818.

Después de la gloriosa proclamación de nuestra independencia, sostenida con la sangre de sus defensores, sería vergonzoso permitir el uso de fórmulas inventadas por el sistema colonial. Una de ellas es denominar españoles a los que por su calidad no están mezclados con otras razas, que antiguamente se llamaban malos. Supuesto que ya no dependemos de España no debemos llamarlos españoles sino chilenos. En consecuencia, mando que en toda clase de informaciones judiciales, sean por vía de pruebas en causas criminales, de limpieza de sangre, en proclamas de casamientos, en las partidas de bautismo, confirmaciones, matrimonios y entierros, en lugar de la cláusula: *Español natural de tal parte*, que hasta hoy se ha usado, se sustituya la de: *Chileno natural*

23. *Ibidem*, p. 195.

de tal parte; observándose en lo demás la fórmula que distingue las clases, entendiéndose que respecto de los indios, no debe hacerse diferencia alguna, sino denominarlos chilenos, según lo prevenido arriba...

O'Higgins.-Irrisarri²⁴.

Coincidentemente, la guerra entraba en una fase delicada y en esta etapa destacaban en el bando realista algunos caciques araucanos que gozaban de un amplio dominio territorial. Uno de ellos, Mariluan, poseía una cultura sobresaliente por su estrecha amistad con los misioneros de Chillán y que, además, desde 1779 gozaba de un estipendio real. En los días de fiesta, de recepción o parlamento, «vestía un traje de general, sombrero apuntado, casaca roja galoneada y pantalón»²⁵. Otro distinguido fue Juan Mangin Huenu, que en la Araucanía poseía un gran prestigio como hombre de guerra, sabio y poseedor de riquezas en animales y objetos de plata, poseía 11 mujeres, una de ellas de origen español:

Desconfiaba de las autoridades chilenas y nunca quiso tener parlamento con ellas. Le escribía sus comunicaciones un intérprete de confianza, que tenía encargo de guardar reserva absoluta sobre su contenido. Su odio a los chilenos provenía en realidad de un exceso de malicia, pues se hallaba persuadido de que tarde o temprano verificarían invasiones para fundar pueblos». Un primo de éste, Nahuelhuen, cacique de Temuco, fuerte y también hombre muy rico, dispuso igualmente de diversas tribus para su coalición realista en contra del ejército patriota.

En las faldas orientales de Nahuelbuta, desde Nacimiento hasta el Imperial,

se escalonaban las comunidades más genuinamente araucanas en físico y en espíritu: hurañas dentro de sus comarcas pantanosas y rodeadas de cerros, no habían colgado jamás sus lanzas, desde la conquista hasta la revolución de la independencia, para combatir a los que pretendían subyugarlos. Descollaban por su tradicional tenacidad los pureninos. Este elemento de guerra tan valioso para un aliado, se había puesto ahora del lado de los partidarios del rey, movidos por un cacique afamado de nombre Catrileo, muy común entre los indios²⁶.

No obstante, fue también en esta región de la Araucanía en donde los patriotas lograron ciertas importantes adhesiones. Lorenzo Colipí, que desde Purén a Angol mantenía una fuerte influencia. Sus riquezas en animales y platería estaban lejos del promedio, poseía 23 mujeres. Otro cacique, con sueldo y prerrogativas, fue Venancio Coñoepan, que igualmente podía presentar una red de caciques menores bajo sus órdenes.

El batallar incesante entre patriotas y realistas que iba a recrudescer este año y los siguientes, debía llamarse, propiamente hablando, *guerra araucana*,

24. *Archivo O'Higgins*. Santiago: Imprenta Universitaria, 1952, vol. XI, p. 81.

25. GUEVARA: *op. cit.*, p. 299.

26. *Ibidem*, p. 309.

porque tenía por escenario los bosques, campos y montañas de la Araucanía y porque aquí no se movían, del lado de los guerrilleros, tropas disciplinadas sino escuadrones de indios que constituían el factor primordial de la resistencia, por el número, la bravura de las huestes, la osadía típica de los caciques y el miedo que infundían a los pueblos y soldados enemigos.

Y decir *guerra araucana* significa *guerra a muerte*, puesto que el indio en campaña, sobre todo en ésta, no hacía prisioneros, sino que mataba, y donde quiera que se presentaba, ardían las llamas del incendio, destruía y saqueaba las poblaciones, arrebatava niños y mujeres para llevarlos a sus viviendas, los primeros para las permutas por especies y animales, las segundas para aumentar el serrallo de la ruca²⁷.

A comienzos de 1819, reocupado Concepción por el gobierno de Santiago, se invitaba a todos los habitantes que allí habían quedado a tomar el partido patriota. Se prometía no hacer distinción entre unos y otros. La Patria estaría satisfecha con que volviesen de sus errores quienes habían estado equivocados:

Cotejad el tratamiento que os han dado los españoles con el que habéis recibido del ejército libertador: comparad la miserable situación en que hasta aquí habéis vivido con la feliz que os espera ahora que vais a formar con nosotros un cuerpo de nación²⁸.

Por entonces, no faltaban las lamentaciones por la conducta de parte importante de los líderes indígenas:

Las valientes tribus de Arauco, y demás indígenas de la parte meridional, prodigaron su sangre por más de tres centurias defendiendo su libertad contra el mismo enemigo que hoy es nuestro. ¿Quién no creería que estos pueblos fuesen nuestros aliados en la lid a que nos obligó el enemigo común? Sin embargo, siendo idénticos nuestros derechos, disgustados por ciertos accidentes inevitables en guerra de revolución, se dejaron seducir de los jefes españoles. Esos guerreros, émulos de los antiguos espartanos en su entusiasmo por la independencia, combatieron encarnizadamente contra nuestras armas, unidos al ejército real, sin más fruto que el retardar algo nuestras empresas y ver correr arroyos de sangre de los descendientes de Caupolicán, Tucapel, Colocolo, Galvarino, Lautaro y demás héroes, que con proezas brillantes inmortalizaron su fama²⁹.

A pesar de todo, a partir de febrero del mismo año, un hervidero de guerrillas apareció por todas partes en las jurisdicciones de Chillán, Yumbel, Concepción y Los Ángeles. Las acciones se desarrollaron durante todo el año sin un balance definitivo a favor de uno de los dos bandos en disputa. El 5 de febrero de 1820 las fuerzas patriotas ocuparon Valdivia y el 25 del mismo mes entraron a

27. *Ibidem*, p. 313.

28. *Gazeta Ministerial de Chile*, t. 1, n.º 77, Santiago, sábado 30 de enero de 1819, p. 44.

29. *Gazeta Ministerial de Chile*, t. 1, n.º 83, Santiago, sábado 13 de marzo de 1819, p. 111.

Osorno. Por entonces, ya algunas agrupaciones pehuenches se encontraban dispuestas a conversar con el gobierno y, de hecho, los caciques Paillar, Millagrum y Millatrur pasaron a Santiago para entregar su apoyo y unirse a los deseos de los ya mencionados Colipí y Coñoepan que buscaban la invasión de la frontera y la derrota definitiva de Mariluan y Mangin. El gobierno y los jefes patriotas destacados en la frontera, conociendo la índole versátil del araucano, trataban de mantener la amistad con los que eran aliados y de conquistarse la de los que seguían en el bando contrario. Las escaramuzas siguieron combinando el estilo guerrilla con la tradición araucana: «asalto inopinado, el saqueo, la muerte de los prisioneros y la fuga a la montaña... Estas indiadadas se decidían a favor de los que les presentaban mejores expectativas de botín»³⁰.

El gobierno chileno seguía intentando la amistad indígena. En mayo de 1820, por decreto gubernamental, se dispuso la inversión de dos mil pesos del erario para compra de especies y bujerías a fin de remitirse a Concepción para obsequiarlos a los indios de la frontera. Se enumeraban chaquetas de paño encarnado y galoneados con franjas falsas; chaquetas ordinarias, pero con vuelta encarnada; añil; sombreros negros, ordinarios, con cintillo encarnado; espuelas, frenos; pañuelos colorados ordinarios; argollones para las indias de plata y de lata; cascabeles grandes y pequeños; alfileres y agujas grandes³¹.

En el segundo semestre de dicho año, las acciones tomaron otro cariz. Las fuerzas realistas, con apoyo desde Lima se aprestaron a enfrentamientos mayores, más organizados y decididos. A mediados de septiembre,

se comenzaron en el campamento realista los preparativos religiosos, últimos en el conjunto de los que precedían a la movilización: los frailes franciscanos y los curas celebraron misiones para estimular con pláticas y exhortaciones el celo de los soldados a favor del soberano de España y para hacerlos confesarse y comulgar. Valíanse los párrocos de proclamas y pastorales a sus feligreses para mantener firme la opinión de sus partidarios³².

A fines del mismo mes habían provocado una fuerte y muy sangrienta derrota a los patriotas en Yumbel y a los días siguientes en las cercanías de Los Ángeles. La derrota tuvo altos signos de tragedia respecto a niños y a mujeres en cautiverio. El 26 de septiembre se produce la retirada patriota desde la ciudad de Concepción y su fortificación en Talcahuano pensando en que debía protegerse la frontera en la línea del Maule. El 2 de octubre de 1820, se produjo la toma realista de Concepción y Benavides agrega a su grado de Comandante en Jefe el nombramiento de Intendente de Concepción. Hasta fines de ese año, la Araucanía volvió a ser dominada por las lanzas de los indios realistas, y en sectores costeros por pehuenches de ambos lados de la cordillera. Se exceptuaban espacios muy precisos dominados por huilliches al sur del Tolten. En los últimos días de

30. GUEVARA: *op. cit.*, pp. 349 y 351.

31. *Ibidem*, pp. 352-353.

32. *Ibidem*, p. 367.

noviembre, Freire decidió atacar nuevamente a Concepción, más por desesperación que por estrategia, pero tuvo una importante e inesperada victoria (Batalla de la Alameda de Concepción) que significó la retirada de Benavides y el inicio de la consolidación del gobierno patriota en la región.

Obviamente seguía abierto el tema de la frontera. Éste se reinició muy rápidamente el 28 de diciembre de 1820 desde la misma Concepción. En todo caso, el jefe realista Benavides no sólo siguió resistiendo sino además agregó a sus acciones toda una actividad de piratería que le permitió contar con algunos recursos a partir de los cuales, en julio de 1821, ordenó el alistamiento en masa de los individuos habitantes en la Araucanía, emitió vales o papel moneda de curso forzoso, y reforzó su autoridad militar y civil extendiéndola a lo religioso. En el intertanto, siguiendo el relato de Tomás Guevara, en los araucanos se venía operando una franca reacción a favor de los patriotas. Los del norte de la costa, muy decididos anteriormente, no se prestaban ahora de buen grado para seguir a los realistas al norte del Bío Bío, principalmente porque el mayor peligro de incursiones a esas zonas disminuía la probabilidad del botín. De hecho, la zona de los llanos, desde Nacimiento hasta Lumaco y Cholchol, se había puesto resueltamente del lado de la patria. En las indiadas de los contornos de Nacimiento ejercía un ascendiente muy marcado el cacique Pichuñamanque, unido a Colipí y Pinolevi, dueño de una viña y hospedador obligado de los jefes indígenas en tránsito al norte o sur del territorio. Secundando a Colipí, ahora aparecían los caciques Monche Paillamilla, fuerte por su numerosa parentela, y Ancapi, el mismo que desde tiempo atrás acompañaba a los patriotas como perteneciente a los indios angolinos y de Huequen, pero que residía en Pellomenco, lugar situado un poco al norte de Angol; era deudo del renombrado cacique Colima de la misma reducción. Los indios concentrados en la actual Angol era igualmente patriotas y también muchos de sus alrededores, especialmente en sus contornos hacia el sur. En los centros de mayor poder, igualmente estos indios cobraron venganza de sus enemigos insertos dentro del bando realista y les impusieron contribuciones y secuestro de animales. También los patriotas habían extendido sus influencias hacia los indios de Valdivia³³.

Por el otro lado, las huestes de Mariluan, Mangin y del cacique Coliman de Quilapalo se mostraban tenaces en sus posiciones y muy claramente los pehuenches, sometidos a la voluntad de los Pincheira. Durante todo 1821, los encuentros entre patriotas y realistas no cesaron, pero se fueron volcando paulatinamente hacia el lado republicano. En noviembre de ese año, desde Concepción, Prieto escribía a O'Higgins:

Sin embargo, por hacer marchar a los indios, que han consumido aquí un caudal en víveres, vino, agasajos y dinero, he dispuesto salga una división de cerca de quinientos hombres, asociada de los caciques amigos. Estos no querían irse sin fuerza. Yo no podía moverme, y era preciso no mandarlos descontentos

33. *Ibidem*, pp. 471-472.

cuando ellos estaban tan bien dispuestos. Han mandado llamar su indiada y piensan caer sobre Meriluan y después sobre los demás. El éxito parece será feliz³⁴.

Efectivamente, sin mediar un gran encuentro que enfrentara en una misma batalla a los gruesos de los ejércitos patriota y realista, las fuerzas de estos últimos se fueron desperfilando y sus jefes pasando al bando enemigo o simplemente huyendo, como fue el caso del propio Benavides que terminó ahorcado en Santiago en febrero de 1822.

¿Cómo explicar el masivo apoyo indígena a la causa realista? Entre las diversas explicaciones al fenómeno, igualmente podemos considerar las ideas de Tomás Guevara sobre el particular. Desde ya, éste discutió el factor de la raza como motivo principal del papel primario y exclusivo en la capacidad militar indígena y en su participación en la defensa bastante dramática de las últimas fuerzas españolas del sistema colonial. Para Guevara, las razones fueron mucho más complejas. Entre ellas, las razones económicas pudieron tener gran importancia. La guerra había arrasado toda forma de subsistencia tradicional en la región, no había dejado nada en pie, ni siquiera en los más apartados rincones de las zonas vecinas a las fronteras araucanas. Frente a ello, agrupándose los indios en unidades armadas, aunque fuesen en muchedumbres heterogéneas o montoneras, podían contar con recursos seguros para sobrevivir, con refugios para sus familias y mentalmente halagados con la esperanza del botín. De hecho, esas causas económicas incluso influían en la modalidad guerrera de muchas tribus indígenas. Ya no podían dedicarse a sus limitadas siembras y sus animales comenzaban a desaparecer; buscaban entonces medios de vivir en las correrías y en la emigración a la Argentina, a donde iban a dar malones o a cambiar lanzas por caballos y tejidos de lana.

Es cierto que algunas agrupaciones siguieron gozando de favorables recursos naturales para no hacer de la guerra un arbitrio de provisión. Entre ellas estaban los arribanos, los cuales todavía practicaban la caza abundante del huanaco de los cerros de Collico, Quecherehua y Nielol, en donde el rumiante habitaba en las serranías del poniente y descendía en el invierno a la planicie alta. Sin embargo, en la tenacidad de estos indios obraban las alianzas con los realistas, la propaganda de sus agentes y el odio secular de raza. La configuración geográfica favoreció esta propensión a la tenacidad belicosa. Más aún, su vecindad con los araucanos, en constantes tropelías para arrebatar animales, incendiar lo que encontraban o armar conflictos, incrementaba el atavismo guerrero en el alma de esta población.

Sobre estas causas económicas y de odiosidades tradicionales, la religiosidad de la época se exaltó en el sur hasta el extremo y mediante la propaganda febril a favor del régimen monárquico de todos los sacerdotes que buscaron asilo en estas latitudes, se retardó la comprensión del concepto de la nacionalidad independiente. Toda la Araucanía se dividió en núcleos antagónicos, envalentonados

34. Citado por *ibidem*, pp. 496-497.

por uno o por otro bando. En todo caso, la situación no era nueva, esta actividad guerrera de los araucanos:

desde la época de la conquista venía persistiendo esta índole agresiva de los grupos, característica en los pueblos bárbaros. Al presente se hacía mas violenta y ostensible porque dos bandos extraños en lucha estimulaban el ardimiento habitual y los enconos de los caciques³⁵.

Desde el Bío Bío al Cautín, la población indígena se encontraba distribuida en extensas secciones paralelas, generalmente formadas por grupos familiares sin unidad social. Desde el mar hasta la sierra de Nahuelbuta se extendían los costinos; al oriente de ella y en sus contrafuertes vivían innumerables indiadas llanistas; en las mesetas altas del valle central se agrupaban los arribanos; desde la margen izquierda del río Cautín hasta la cordillera, residían las tribus subandinas, y en los valles de los mismos Andes, las poderosas comunidades montañosas o pehuenches (de pehuen, *Araucaria imbricata*). Desde las faldas del levante de la cordillera real hasta el interior de las pampas argentinas, se dilataban centros indígenas poderosos, de distintas denominaciones locales, pero todas de origen araucano. Por consiguiente, los arribanos quedaban en el centro de un vasto territorio, libres de una presión armada permanente, y por ello mantuvieron su autonomía territorial fortaleciendo sus tribus y surgiendo fuertes grupos familiares que, acostumbrados a luchas intestinas y con sus adversarios, llegaron a constituir desde el periodo de la independencia hasta la total pacificación de la Araucanía, el baluarte de la resistencia. Estos arribanos, con Manguin a la cabeza, seguían dominando en 1824 a los indios subandinos del lado oriental del Cautín y mantenían relaciones amistosas con los pehuenches y los araucanos de las pampas, pero por el poniente se veían frenados por las fuerzas chilenas y particularmente por Colipí, enemigo de su líder³⁶.

Por otra parte, el 1 de enero de 1825, el otro jefe indígena realista, Mariluan, aceptó verificar una junta con los patriotas chilenos en las inmediaciones de Yumbel. El parlamento se verificó con las solemnidades de estilo: hubo discursos, cambio de banderas entre los jefes y promesas recíprocas de buena amistad. Mariluan se comprometió a suspender las hostilidades, a aceptar el nuevo sistema de gobierno y propender a la tranquilidad del territorio mientras que el representante chileno reconoció a los naturales los mismos derechos de que gozaban todos los ciudadanos de la república³⁷. Con ello, los últimos focos de resistencia se redujeron al territorio pehuenche en donde los Pincheira tenían establecido su campamento, acrecentado con un nuevo, pero muy corto fenómeno, el de desertores y amotinados del ejército. El más peligroso de esos motines, el 2 de enero de 1825, fue el de los cazadores en Chillán, días más tarde, el 16, se sublevó la infantería de Yumbel, parte de estos hombres se integraron a los Pincheira.

35. *Ibidem*, pp. 500-502 y 519-520.

36. *Ibidem*, pp. 598-599.

37. P. 602.

El 22 de abril de 1827, Senosiain, el último jefe realista se presentó en Yumbel firmando el acta de sometimiento. Regresó a España y se reincorporó al ejército llegando a general. Con la caída del último jefe español, se cimentó de manera definitiva la paz en el territorio de las dos fronteras. El último reducto en el que ejercían su dominio los Pincheira fue derrotado en 1832.

LO QUE SIGUIÓ: DE LA PAZ A LA PACIFICACIÓN DE LA FRONTERA

La asimilación por decreto de la población indígena a la población chilena fue impracticable en el sur del territorio nacional. La extinción de fuerzas realistas llevó a que los mapuches aceptaran las paces con el gobierno, pero nunca se sometieron a su ejército. La frontera siguió siendo el Bío Bío, se mantuvo una división del ejército en Concepción y Chillán, se refundó el fuerte de Arauco y posteriormente en Los Ángeles y otras localidades al sur del Río Laja. El camino entre Concepción y Valdivia siguió siendo peligroso y no siempre se encontraba con paso libre. Paralelamente, se produjo el inicio silencioso de la colonización de esos territorios y la pérdida paulatina de tierras comunales indígenas por despojo o abandono. En 1849, Domeyko encontró sólo a cuatro caciques al sur de Cañete y Angol³⁸.

Bengoa, citado anteriormente, ha escrito que la relación de la historia chilena con la historia del pueblo mapuche está basada en dos modelos antinómicos: la figura del *heroico araucano* y la visión de la *guerra a muerte*. La sangre araucana, derramada en defensa de la libertad, está en el rojo de la bandera nacional; la guerra de los años 1820 es el anverso, la conducta salvaje y la barbarie. Podemos agregar que la síntesis ambigua de tales condiciones sería la base ideológica con que el liberalismo de la segunda mitad del siglo XIX justificaría la *pacificación de la araucanía* cuyos proyectos se inician en 1861. Tampoco Chile fue una excepción: toda la carga ideológica de civilización o barbarie se extendió a través de grandes espacios americanos al momento que los nuevos proyectos modernizadores habían dejado atrás los anhelos de los derechos naturales independentistas...

38. BENGEOA, JOSÉ: *Historia del pueblo mapuche, s. XIX y XX*. Santiago: Ediciones Sur, 1985, pp. 146-147.